

## Escenario y temperatura historiográfica: el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro en Córdoba (1941)

[Scene and Historiographic Temperature:  
The Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro in Córdoba (1941)]

Eduardo A. Escudero

(Universidad Nacional de Río Cuarto – Universidad Nacional de Córdoba)

escuderoea@yahoo.com.ar

### Resumen:

Este artículo examina el Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro en Córdoba en 1941, identificando los actores y las instituciones articuladas para la concreción de un espacio acorde a los objetivos propuestos por la *Academia Nacional de la Historia* de Córdoba. Asimismo, ubica la mirada en el valor memorial del evento al documentar la construcción de linajes y discursos de identidad apostando al valor de determinadas figuras del panteón histórico e historiográfico de la provincia. Además, el trabajo propone un recorrido por distintas mediaciones discursivas, las de las principales alocuciones oficiales del Congreso, con el propósito de entrever los puntos centrales que demuestran *la temperatura historiográfica* en la coyuntura. Es decir, los dilemas y concepciones propios de quienes intervinieron y que evidencian el conflicto por la construcción de un espacio en el que conviven distinciones y muy disímiles modos de habitar el espacio emergente de la historiografía argentina en el cual cohabitaban muchos diletantes y otros pocos actores en curso de profesionalización.

**Palabras claves:** Congreso de historiadores – Historiografía – Ideas acerca de la Historia

### Abstract:

This article examines the *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro* gathered in Córdoba in 1941, identifying the actors and the institutions articulated for the building of a space according to the objectives outlined by the *Academia Nacional de la Historia* of Córdoba. Likewise, the attention is drawn to the memorial value of such event, which documents the lineages and identity discourses' building with a commitment to the value of certain figures from the province's historical and historiographic pantheon. Further, this work proposes a journey throughout different discourse mediations, those of the main official speeches at the Conference, with the purpose of making out the central aspects which show *the historiographic temperature* of the state of affairs. That is, the dilemmas and conceptions belonging to those who intervened, which pointed to the conflict on the building of a space in which many distinctions and highly disparate modes of inhabiting the emerging space of Argentinian historiography in which coexisted many diletantes with other few actors in a process of professionalization.

**Keywords:** Conference of historians – Historiography – Ideas about History

Recibido: 30/10/2016

Evaluación: 22/11/2016

Aceptado: 30/12/2016

Anuario de la Escuela de Historia *Virtual* – Año 8 – N° 11 – 2017: pp. 47-68.

ISSN: 1853-7049

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria>

## Escenario y temperatura historiográfica: el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro en Córdoba (1941)

“En la atmósfera luminosa de la primavera mediterránea, bajo el recuerdo del día en que América ingresó en la historia de la humanidad, investigadores y estudiosos venidos de todo el país, llegan a Córdoba para reavivar, a la sombra de los monumentos y en la paz de los recintos académicos, la fe en la perennidad de los valores de la inteligencia. La rama cordobesa de la Academia Nacional de la Historia les da la bienvenida y les agradece la colaboración que traen al éxito del Congreso por ella convocado”.

Raúl Orgaz (1941)

**E**ste trabajo procura efectuar una lectura historiográfica de un significativo evento académico concretado en octubre de 1941 en la ciudad de Córdoba bajo la marca institucional de la Academia Nacional de la Historia. En ese sentido, se considera que la muy importante y demostrativa reunión de historiadores del “norte y centro” del país se convierte, a los efectos analíticos, en un *escenario* en el que es posible observar la densidad y la *temperatura historiográfica* vigente en esa Argentina que da por finalizada la entreguerras. En la autorrepresentación de aquellos historiadores más o menos instalados en los espacios institucionales formalizados en esa coyuntura, la historiografía argentina poseía sobrados elementos de los que jactarse, tanto por la factura de una historia científica como por la fértil y exitosa labor llevada a cabo en la formación de la nacionalidad.

A los efectos del presente abordaje, la sociología de los intelectuales aporta algunas claves interesantes para reflexionar acerca de la necesidad que poseen los hombres de ideas de contar con espacios especialmente abiertos para la convivencia corporativa, dadora de identidad, reconocimiento social y legitimidad. Actores y escenario se hallan dispuestos para imaginar como algo factible la socialización de la producción intelectual, tal como en el caso de los congresos y otros eventos de matriz académica. Ha indicado Coser que hay dos condiciones que, a primera vista, parecen esenciales para que las vocaciones intelectuales, en este caso, historiográficas, lleguen a ser socialmente practicables y reconocidas. En primer lugar, el autor indica que estas precisan de un auditorio, un círculo de personas a las cuales puedan dirigirse y que consigan otorgarle reconocimiento, una “ganancia psíquica”, que sin dudas puede ser más importante que el lucro económico (Coser, 1968, p. 19). En segundo término, el mismo ejercicio sociológico propone que los historiadores, como otros doctos, requieren del contacto regular con sus congéneres, ya que “sólo a través de esta comunicación pueden des-

arrollar reglas consensuadas de método y excelencia y normas comunes para guiar su conducta" (Coser, 1968, p. 19).

En la Modernidad, el creciente y especializado trabajo de elaboración intelectual, desapegado de la cultura religiosa y expresivo de una creciente expansión de las sociedades dedicadas a ese saber secular, posibilitaron la apertura de *escenarios institucionales* que oficiaron de incubadoras de un específico modo de operar de la intelectualidad occidental: el café, la sociedad científica, la revista mensual, el mercado literario, el mundo de la publicidad, los congresos, entre otros. La importancia de estos espacios radicó, afirma Coser, en su potencialidad no sólo como nexos mediadores de contacto, directo e indirecto, entre los intelectuales y su público, sino también en actuar como un medio mediante el cual pudieran alcanzar una protección de sí mismos y sus amigos de interferencias indeseables, erigiendo una frontera entre los grupos de intelectuales y el mundo de los legos (Coser, 1968, p. 23). Asimismo, como en el caso de los congresos, la reunión supone el cara a cara de colegas con distintos grados de equivalencia profesional, aunque abocados todos a la razón de una misma orientación epistémica. Allí, entonces, se disputa la palabra autorizada y se miden talentos en la confrontación de los hallazgos y de las disímiles conceptualizaciones y orientaciones de un oficio o profesión.

Esa interacción, esa disputa, se desenvuelve en medio de "actos de magia social" que, al decir de Bourdieu, solo pueden tener efectos si se desarrollan en el marco de una institución reconocida y a cargo de agentes singulares, debidamente delegados para realizarlos en las formas reconocidas, es decir: "según las convenciones consideradas como convenientes respecto a lugar, momento, instrumentos, etc., y cuyo conjunto constituye el ritual legítimo, es decir, socialmente válido, y, por tanto, eficaz" (Bourdieu, 2014, p. 108). El mismo autor sostuvo que la mayor parte de las condiciones necesarias para que un enunciado discursivo y performativo de institución tenga éxito se reducen a la adecuación del locutor, es decir, a la adecuación de su función social, *su poder*, al discurso que pronuncia (Bourdieu, 2014, p. 87). Se desarrolla, pues, un eficaz ejercicio del poder simbólico de las palabras que sólo se practica: "en la medida en que quienes la experimentan reconocen que quien la cultiva está autorizado para ejercerla en el mundo de las relaciones sociales", en este caso mediadas por el conocimiento (Bourdieu, 2014, p. 97).

La exegesis de los discursos oficiales del Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro celebrado en Córdoba en 1941 permite reconstruir y complejizar, desde un episodio memorial, cultural y político de valor, las certezas y algunos de los dilemas allí evidenciados, incorporando elementos que conlleven a enriquecer la mirada ya trazada para la consideración de esa temporalidad. Bastante se sabe ya de la compleja trama que habita en la historiografía argentina de entreguerras, cuyos propios límites amenazaban a veces la importante tarea asumida por las primeras cohortes de histo-

riadores de profesionalización.<sup>1</sup> Cattaruzza ha sido claro al explicitar que la contracara de la matriz metódica y profesionalizante que la Nueva Escuela Histórica buscó encarar se encontraba en un conjunto de limitaciones muchas veces forjadas por un residual nacionalismo que, sin embargo, consumía muchas energías por medio de concreciones y el desarrollo de disputas. Desde los años treinta

lo que permitiera que existiera un campo común en el cual competir era la coincidencia general, entre los miembros de las asociaciones más asentadas y eruditas, en los requisitos metodológicos exigidos por la historia científica y en lo que ocasionalmente llamaban “función social del historiador”, que (...) prácticamente todos reconocían era “fortalecer la conciencia nacional” (Cattaruzza, 2003, pp. 113-4).

La mencionada bisagra entre ciencia y nacionalismo pareció signar el mapa historiográfico en la coyuntura que se considera. Por ello, en esa dirección, es posible situar e imaginar allí un espacio complejo, variado, en el que, además, desde la política y la cultura hacía efectivas sus múltiples intervenciones el Revisionismo histórico.

Como parte del Programa institucional de la Academia Nacional de la Historia hubo en 1941 en la Argentina una magna reunión de distintos actores convocados por la historia, “un centro de exposición de trabajos con el fin de cambiar ideas directrices sobre la investigación histórica y crítica científica, que [*había*] alcanzado un alto nivel en nuestra patria, (...) tarea que incumbe a los historiadores y profesores de Historia que constituyen un núcleo representativo de hombres de estudio y de labor” (Levene, 1943, p. 48). En otro elocuente mensaje, Raúl Orgaz,<sup>2</sup> expresó que Córdoba se enorgullecía de acoger, con motivo del Congreso, a los

investigadores venidos de todos los rumbos de la República, y en especial, a los que, en el Norte y Centro del país, que *siguiendo la impulsión que arranca del viejo hogar intelectual de Mitre, practican, en el quieto ambiente provinciano, el ejercicio de valorar e interpretar el testimonio de los hombres y el testimonio de las cosas, acerca de actores, sucesos y acontecimientos vinculados con el desarrollo de la cultura local* (Orgaz, 1943, pp. 45-46).

Así, consideraba que juntando piedra sobre piedra, en ese presente de honda crisis de la cultura occidental, debería levantarse el nuevo edificio de la historia nacional, “sin apesuramientos que comprometerían la solidez de la fábrica, ni fútiles y vanidosas emulaciones que esterilizarían la tarea común al insumir los esfuerzos en la empresa, no siempre factible, de improvisar héroes y hacer próceres para decorar el pasado doméstico” (Orgaz, 1943, p. 46).

A continuación se presentan dos apartados seguidos de una conclusión general del trabajo. En el primero se describe *el escenario desplegado* para el desarrollo del Congreso

<sup>1</sup> Cf. Con el panorama ofrecido en Myers (2004).

<sup>2</sup> Sobre esta figura central de la historia intelectual cordobesa pueden consultarse: Grisendi y Requena (2013), Requena (2010) y Grisendi (2011).

de Historia Argentina del Norte y Centro en Córdoba, destacando los actores y las instituciones articuladas para la concreción de un espacio acorde a los objetivos propuestos por la Academia Nacional de la Historia desde su filial mediterránea. Ahí mismo, se ubica la mirada en el valor memorial del evento al documentar la construcción de linajes y discursos de identidad apostando al valor de determinadas figuras del panteón histórico e historiográfico de la provincia. En segundo lugar se propone un recorrido por distintas mediaciones discursivas, las de las principales alocuciones oficiales del Congreso, las voces autorizadas para el rito de institución, con el propósito de entrever los puntos centrales que evidencian *la temperatura historiográfica* en la coyuntura, es decir, los dilemas y concepciones propios de quienes intervinieron y que evidencian el conflicto por la construcción de un espacio en el que conviven distinciones y muy disímiles modos de habitar el campo emergente de la historiografía argentina, poblado, fundamentalmente, aún por muchos diletantes y otros pocos actores en curso de profesionalización.

### **El escenario: los actores, las instituciones y la oportunidad conmemorativa**

Retomado el mandato estipulado en oportunidad del I Congreso de Historia de Cuyo reunido en Mendoza en 1937,<sup>3</sup> recayó sobre la filial cordobesa de la Academia Nacional de la Historia la organización de un segundo evento regional que albergaría la producción historiográfica del Norte y del Centro del país, que luego, según se proyectaba, debía prolongarse más tarde en el Litoral para terminar, en seguida, en un Congreso General de la Nación. El evento, aunque originariamente concebido para 1940, se celebró en la provincia mediterránea desde el 12 al 16 de octubre de 1941 para saludar el Día de la Raza y para cumplir con una de las funciones estatutarias de la corporación madre, aquella que indicaba la promoción y organización de congresos de historia en el país. De este modo, con el objeto de estimular las investigaciones y estudios referentes al pasado de las regiones involucradas y difundir la cultura histórica, especialmente local, la reunión albergó un número importante de asistentes y expositores provenientes de las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Córdoba y los Territorios Nacionales del Chaco y Formosa. Entre otros objetivos puntuales, además, el acontecimiento historiográfico buscó fomentar “el

---

<sup>3</sup> Cabe aclarar aquí que el evento que se estudia se inserta en una “zaga” de reuniones de historiadores que se venían desarrollando en la Argentina desde años anteriores. Corresponde, al respecto, señalar el *II Congreso Internacional de Historia de América*, celebrado en 1937 en la ciudad de Buenos Aires con motivo del Cuarto Centenario de la ciudad y organizado por la JHNA; y el ya mencionado *I Congreso de Historia de Cuyo* reunido en Mendoza en 1937 bajo la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Se trató, en efecto, de instancias mediante las cuales se pretendió crear una comunidad historiográfica nacional con vínculos internacionales, aun cuando primaban rasgos de la sociabilidad intelectual de notables, de corte decimonónico.

adelanto de la metodología de la Historia en miras de su aplicación en los establecimientos educacionales del país”.

El Reglamento oportunamente aceptado y difundido dispuso que el Congreso comprendería las secciones de Arqueología, Etnografía y Antropología, Lingüística y Folklore, Historia General, Historia Eclesiástica, Historia Militar, Historia Económica, Historia de la Cultura, Historia del Arte y Artes Aplicadas, Numismática, y Metodología. Asimismo, decidió que la Mesa Directiva estaría integrada por el Dr. Raúl Orgaz, Vicepresidente de la Academia Nacional de la Historia Filial Córdoba, como Presidente; los Dres. J. C. Raffo de la Reta, Calixto Lassaga, César Pérez Colman y Enrique Martínez Paz, como Vicepresidentes;<sup>4</sup> y los Dres. J. Francisco V. Silva, Ricardo Smith y Carlos R. Melo como Secretarios.<sup>5</sup> La organización, en tanto, a cargo de la Filial cordobesa de la Academia Nacional de la Historia, contó con el sostén “material y moral” del Gobierno de Córdoba, la Municipalidad de la ciudad y la Universidad Nacional. De este modo, se hacía posible el delineo de un escenario de “importancia y alto interés cultural”, acorde con el “aumento de la producción historiográfica en la Argentina” y al consecuente “desarrollo de vocaciones por este género de estudios en cada una de las regiones del país”.<sup>6</sup>

En la misma senda, el Presidente de la Mesa Directiva del Congreso, Raúl Orgaz, adjudicó a la reunión la tarea de “ensanchar y fortalecer la simpatía que nace de la comunidad de tareas y de ideales en hombres fieles a los mismos ensueños; mas ahora, *engravece el placer del encuentro la pesadumbre traída por los actuales infortunios de la humanidad*, engendrados por lo que más tarde, acaso, ha de llamarse ‘la caída del imperio europeo’...” (Orgaz, 1943, p. 44).<sup>7</sup> Como se observa, el Congreso también acusaba el tiempo de la crisis, el de la “devastación un mundo nuevo”, tiempo que los argentinos tenían el deber de afrontar con una conciencia clara de lo que “quisieron ser” y “de la conjunción de fuerzas espirituales que marcó su advenimiento como nación”. Sintetizaba Orgaz: “necesitamos conjurar el antihistorismo [*sic*] qué acecha en la sombra de las ruinas o que espejea en las lejanías de la Tierra Prometida” (Orgaz, 1943, p. 44).

El escenario institucional abierto resultaba de la yuxtaposición de, fundamentalmente, la Academia Nacional de la Historia, su Filial en Córdoba y la Universidad Nacional de Córdoba. El elenco de historiadores cordobeses, todos integrantes de la Filial, se componía de figuras como Enrique Martínez Paz, Raúl Orgaz, J. Francisco V. Silva, Henoah Aguiar, Santiago F. Díaz, Juan B. González, el R. P. Pedro Grenón SJ y Jorge

<sup>4</sup> Presidente de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza y de la Academia Nacional de la Historia Filiales de Rosario, Entre Ríos y Córdoba, respectivamente.

<sup>5</sup> Académico Secretario de la Academia Nacional de la Historia, Filial Córdoba; ex Subsecretario de Instrucción Pública de Córdoba; y Profesor Suplente en la Facultad de Derecho, respectivamente.

<sup>6</sup> *Carta de invitación al Congreso enviada al historiador, Pbro. Juan B. Fassi, Vicario del Santuario de Reducción (Cba.)*, firmada por el Dr. J. Francisco V. Silva, Secretario. Córdoba, 15 de mayo de 1941.

<sup>7</sup> Las cursivas nos pertenecen.

Magnín, entre otros.<sup>8</sup> Por otro lado, el evento se fortaleció con la presencia de distintas autoridades nacionales y provinciales que constituyeron el cuadro de los Miembros de Honor. Sobresalían, en tal sentido, el Ministro de Instrucción Pública de la Nación, Dr. Guillermo Rothe y los gobernadores de las Provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, La Rioja y Córdoba: Dres. Raúl Bertrés, Abraham Cornejo, Miguel Critto, José Ignacio Cáceres, Héctor M. de la Fuente y Santiago H. del Castillo. Completaban el marco de autoridad el Interventor Nacional en Catamarca, Dr. Gustavo Martínez Zuviría; los Arzobispos de Salta y Córdoba, Mons. Drs. Roberto J. Tavella y Fermín E. Lafitte; los Rectores de las Universidades de Tucumán y Córdoba, Dr. Adolfo Piosseck e Ing. Rodolfo Martínez; los Comandantes de la IV y V División de Ejército, Grales. de Brig. Diego Mason y Carlos von der Becke; el Intendente Municipal de Córdoba, Dr. Donato Latella Frías; y el Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Ricardo Levene.

Se observa una escena compuesta y legitimada por la presencia civil, eclesiástica y militar, un espacio abierto para albergar a los estudiosos de las regiones convocadas, el Norte y el Centro. En efecto, participaron numerosos cronistas, docentes, investigadores, literatos e historiadores provenientes de instituciones dedicadas a la cultura. Sólo a modo representativo es cardinal señalar la representación de delegados de numerosas academias y asociaciones culturales de distinta índole y centros de estudios históricos regionales. A su vez, se evidencia la delegación y presencia de disímiles establecimientos educacionales, los Colegios Nacionales, Institutos Superiores de Profesorado Secundario y Escuelas Normales y Facultades universitarias, todos de distintas procedencias regionales.

El listado oficial publicado en 1943 da cuenta de cerca de cuatrocientos congresistas asistentes y un total de doscientas comunicaciones, entre las que, arbitrariamente, se pueden citar las de Julián Cáceres Freyre, Alberto Rex González, Jorge Furt, José Imbelloni, Bernardo Canal Feijóo, Ismael Moya, Enrique M. Barba, Atilio Cornejo, Juan Draghi Lucero, Hernán F. Gómez, José Torre Revello, Dardo de la Vega Díaz, Guillermo Furlong, Víctor Saa, Guillermina Sors de Tricerri, José Luis Busaniche, Salvador Dana Montaña, Ricardo Levene, Carlos R. Melo, Ricardo Piccirilli, Emilio Ravignani, Antonino Salvadores, Ricardo R. Caillet Bois, entre otros; incluyendo a los cordobeses: Aníbal Montes, Víctor Barrionuevo Imposti, Ceferino Garzón Maceda, Arturo G. de Lazcano Colodrero, Carlos A. Luque Colombres, Deodoro Roca, Alfredo C. Vitulo,<sup>9</sup> Luis Roberto Altamira, Juan B. Fassi,<sup>10</sup> Arturo Capdevila, S. J., Enrique Martínez Paz, Pedro Grenón S. J., Roberto I. Peña, Carlos J. Rodríguez y J. Francisco V. Silva.

---

<sup>8</sup> Una documentada reconstrucción de la trayectoria de esta institución se encuentra en Requena (2009, Mayo).

<sup>9</sup> Para una aproximación a la obra de esta figura véase: Escudero (2010, Agosto).

<sup>10</sup> Respecto de la labor historiográfica de Fassi en contexto remitimos a: Escudero (2015).

En otro orden, resulta interesante examinar cómo la reunión cultural e historiográfica de 1941 fue aprovechada en curso memorial para trazar algunas líneas de resignificación con el pasado cordobés, en particular, con figuras señeras de su historiografía. En efecto, se acuñaron distintas medallas conmemorativas, entre las que se destacó la dedicada a Mons. Pablo Cabrera, primer presidente la filial cordobesa de la Junta de Historia y Numismática Americana, fallecido en 1936.<sup>11</sup> La crónica periodística confirma que, además, se desarrollaron sendos homenajes también al Deán Funes, consistentes en una placa y una ofrenda floral depositadas en el Monumento al Patricio de la ciudad de Córdoba.<sup>12</sup>

Por su parte, el mismo Ricardo Levene tributó su respeto y expresó su admiración a la sociedad de Córdoba, esa “Córdoba de los valores de la nacionalidad y de los monumentos del Arte y la Religión, cuyo pensamiento se prolonga en la Provincia moderna, escenario del trabajo creador, de la investigación científica y de la acción social constructiva”.<sup>13</sup> Seguidamente, dedicó “un emocionado recuerdo a la memoria de Mons. Pablo Cabrera, *el cura sabio*, primer presidente de la antigua Junta Filial, la publicación de cuyas obras completas hemos gestionado” y abrió un espacio de valorización y rescate del Deán Gregorio Funes:

los nuevos historiadores, que aparecen después de 1810, son de la misma escuela científica, diré así, de sus antecesores coloniales, pero de distinto espíritu. (...) En esa época de palingenesis social nació en Córdoba el primer historiador, el historiador revolucionario que fue el deán Funes. El autor del ‘Ensayo de la Historia Civil’, publicado en 1816 y 1817 que dedicó a la Patria, proclamaba que, ‘bajo el antiguo régimen, el pensamiento era esclavo y el alma misma del ciudadano no le pertenecía. El teatro está mudado: somos ya libres’. Su sagacidad le permitió reconocer que ‘se nace historiador como se nace poeta y orador’, porque el deán Funes tenía el sentido político vidente, la mentalidad formada en la investigación y crítica de estudios anteriores sobre la historia del obispado y el Cabildo de Córdoba, y el concepto orgánico de la labor que según sus propias palabras no consistía en amontonar hechos de dudosa significación ‘sino aquellos que nos hagan conocer las costumbres, el carácter del Gobierno, los derechos imprescriptibles del hombre y el genio nacional’ (Levene, 1943, pp. 51-52).

Asimismo, resaltaba Levene en el laudatorio pasaje dedicado a Funes cómo mediante una novedosa doctrina sobre la democracia orgánica y en oposición a la demagogia, en el Plan de Estudios de 1813, “que inicia la reforma universitaria argentina, científica y espiritual”, el historiador y clérigo había forjado en la provincia “un centro de cultura americana”, para luego sí, brindar un impulso al linaje histórico local en el que se sucederían todas

<sup>11</sup> Sobre la trayectoria de Pablo Cabrera pueden leerse los trabajos de: Reyna Berrotarán (2011, 2015).

<sup>12</sup> *Los Principios*, 11/10/1941.

<sup>13</sup> A propósito de la actuación historiográfica e institucional de Levene, referenciamos los siguientes trabajos: Zorraquín Becú (1987), Escudero (2010).



figuras provincianas por su ascendencia, por su entrañable arraigo en la madre tierra, por la originalidad y la luz del paisaje que llevaron para siempre consigo y retrataban fielmente aun en el semblante, pero grandes figuras nacionales por la tenacidad en la acción esforzada, por las proyecciones del pensamiento civilizador concebido en este centro geográfico de la Nación.

Se trataba, según Levene, de vidas ejemplares cordobesas “consagradas al bien público, con austeridad acendrada por la práctica y ejercicio ascético y con el hondo dramatismo de haber sufrido el dolor de la injusticia que sobrellevaron con sencillez y dignidad”:

El lugar donde nació el historiador *Funes*, el pensador que abarcó la extensión del horizonte y el tránsito del antiguo al nuevo régimen, es el mismo en el que vieron la luz el general *Paz*, el soldado técnico inflamado por la pasión de la libertad contra la tiranía de Rosas, que representa la unión de Buenos Aires y las Provincias y el viejo *Vélez*, el jurisconsulto que encarna la tradición del derecho patrio y la codificación del derecho privado para consolidar la estructura jurídica de la nacionalidad (Levene, 1943, pp. 51-52).<sup>14</sup>

De similar modo, el cordobés Dr. Guillermo Rothe, Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, creyó que el Congreso, en la “vieja ciudad del deán Funes”, autor de “la primera historia argentina”, debía retomar el propósito trascendental de su obra, en la que:

Quiso, en efecto, el eminente estadista y polígrafo hacer de su creación la levadura de la conciencia nacional, y esto es sin duda lo que la tarea de todo historiador realiza indeliberadamente a veces, al mostrar a cada pueblo los complejos elementos de su formación y el accidentado camino de su unidad política y social. No haré ahora la apología de quien se propuso con su “Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay” darnos a “conocer las costumbres, el carácter del Gobierno, los derechos imprescriptibles del hombre, el genio nacional y todo aquello que nos permita ser mejores” [y, con ello] *constituir una de las piedras angulares para la construcción ideológica y moral de la patria, y en señalar el gran objetivo a los historiadores argentinos, si sus esfuerzos han de inspirarse en la grandeza y la perpetuidad de la Nación* (Rothe, 1943, p. 34).<sup>15</sup>

El gobernador de Córdoba, Dr. Santiago H. del Castillo remarcó en su discurso que Córdoba era la cuna del primer historiador argentino, quien en los ideales de la Revolución de Mayo había forjado su empresa intelectual. Se refirió a la figura de Funes filiándolo, al igual que lo hizo Rothe, con otras figuras de un linaje político y moral provincial:

---

<sup>14</sup> Las cursivas nos pertenecen.

<sup>15</sup> Las cursivas y el corchete aclaratorio nos pertenecen.

Del deán Dr. D. *Gregorio Funes*, que conciba en su saber profundo la cultura colonial con el espíritu de la libertad política y civil que con ella advino. Del soldado austero, general *José María Paz*, táctico genial, de límpidas ejecutorias al servicio de su pueblo. Del Dr. *Dalmacio Vélez Sársfield*, el jurista insigne que en la Universidad nutrió su talento creador del Código Civil, elogio de la civilización jurídica de la República. Y con ellos, del pueblo aquel que en la intuición segura de su destino, al negar todo concurso a los complotados del realismo español, protegió los primeros pasos de la Revolución. De ese mismo pueblo que militó en las filas de sus ejércitos en la epopeya libertadora, como estuvo siempre en la vanguardia de las más valerosas iniciativas civiles. De Córdoba, que por la obra ejemplar de sus hijos ha merecido ser llamada 'Córdoba de la Patria' (Del Castillo, 1943, p. 39).

En esa Córdoba de los valores independentistas, el Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro de 1941 también se celebró recordando el Día de la Raza, una efeméride capaz de concebir a la Historia de América como “síntesis creadora de la cultura de este Continente, fundada en la personalidad histórica de los Estados y en sólidos cimientos de la vida espiritual, con unidad profunda, la cooperación solidaria, en los orígenes épicos de la Independencia, los ideales de la paz en las repúblicas libres y la comunidad indestructible de la vocación democrática”, tal era el pensamiento de Ricardo Levene:

En este día de la Raza, en el que celebramos con el Descubrimiento la fundación de los Estados de América y en este momento dramático del mundo, la reunión del Congreso de Historia de Córdoba y Norte argentino representa una afirmación de fe en los valores eternos del espíritu levantando muy alto e identificando en uno mismo el ideal de la patria y la cultura (Levene, 1943, pp. 53-54).

Raúl Orgaz, a su tiempo, aseveró que Córdoba conservaba siempre la ilusión de ser quien, en el “mapa moral de la República”, “[representaba] la cuenca donde confluyen corrientes distintas, destinadas a integrarse en una síntesis superior, hecha de equilibrio inteligente, de moderación política y de pericia organizadora”. Desde allí que anhelaba:

fundir en su hogar universitario, para obtener el bronce de la argentinidad, la presteza innovadora del habitante del litoral, la reciedumbre viril del hombre de Cuyo y la tenacidad reflexiva de la gente del Norte. Aquí están los delegados de Santiago del Estero, tierra con aliña y alma con misterio, de función histórica semejante, en el interior, a la de la Asunción colonial en el litoral argentino; y con ellos, los de las nobles Catamarca y La Rioja; los de la armoniosa ciudad, patria del ilustre Gorriti; los de Tucumán, perennemente florecida de patria, y los de Salta, engalanada de señorial distinción. La obra que ellos realizan se enlaza con la que aquí se cumple, y con la de los meritísimos investigadores de la Capital Federal, del Litoral y de Cuyo (Orgaz, 1943, pp. 45-46).

### La temperatura historiográfica: la crisis en la cultura y renovación de los estudios históricos; la historia *versus* la política; y la enseñanza de la Historia

Los discursos oficiales de apertura y cierre del Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro celebrado en Córdoba en 1941 posibilitan acceder a los conceptos sostenidos por las voces autorizadas y a algunas de las cuestiones irresueltas que interpelaban a los actores involucrados en ciertas posiciones de la historiografía, la cultura y la política argentina en la coyuntura. Ricardo Levene consideró que había llegado el momento de la “verdadera historia” y que la crónica muerta desaparecía en las sombras del pasado. El historiador referente de la escuela metódica, evaluaba que la historia era la proyección de las fuerzas ideales que impulsaban el presente y el símbolo palpitante de la unidad de la vida social (Levene, 1943, p. 49). En su intervención consideró también que los pueblos que olvidaban su pasado eran fácil presa del espíritu de aventura o se entregaban “sin resistencia a la nerviosa improvisación de la hora que pasa, signo inconfundible de que se ha perdido la memoria y ha hecho crisis moral la noción del deber de gratitud”. Despejó, luego, una precisa idea de la “misión social” desempeñada por los historiadores:

...además de la *tarea científica* que cumplen, siguiendo la estrella polar de la verdad, que es por sí sola un resplandor de la justicia y la belleza, hay *un fin educativo* que se realiza al servicio de la sociedad y sus instituciones propias, haciendo conocer los grandes hechos y los grandes hombres y a amar esa incorpórea deidad, la imagen encendida de la patria, que irradia luz y calor, que alienta el espíritu de lucha de los hombres y mantiene viva la aspiración ascendente de la Historia (Levene, 1943, p. 49).<sup>16</sup>

De plano, Levene rechazaba la teoría “biologicista y fatalista” de la Historia ya que, según explicitaba, “la vida se explica por el espíritu en incesante superación hacia la luz, dominando las influencias de la naturaleza exterior al hombre”. Asimismo, aseguraba que “el historiador moderno” había “abandonado la actitud meramente expectante” y ahora “admiraba las hazañas memorables y exaltaba con simpatía humana, como filósofo, los valores éticos y comprendía como ciudadano la vida y la lucha en el clima de su época” (Levene, 1943, p. 49). En acto de declaración filosófica, aludió a Benedetto Croce y expuso que la historicidad era siempre “un acto de comprensión de los sucesos”, a su vez “estimulado por una necesidad presente, económica, moral o intelectual de la vida práctica y esta necesidad práctica está en el fondo del juicio histórico y asigna a toda la Historia el carácter de contemporánea” (Levene, 1943, p. 50).

Seguidamente, el Presidente de la Academia Nacional de la Historia destacaba la importancia de la instrucción de la Historia nacional “por su carácter normativo de la conducta y formativo de la conciencia argentina” y advertía sobre el descuido de su

---

<sup>16</sup> Las cursivas nos pertenecen.

enseñanza en la Argentina y dando cuenta de la necesidad de transformación: “se impone sin embargo desarrollar más intensamente toda la historia y geografía argentina y americana, (...) *ensanchando la esfera de la actualidad, el mundo de las ideas e intereses que preocupan al hombre culto y estimulan el ansia de indagar el génesis de los hechos presentes*”. Levene se proponía a partir del Congreso introducir una reforma del contenido de los programas y de la metodología, “para hacer de la Historia, más que una enseñanza, la educación del sentimiento”. Se refería el historiador a la aplicación de nuevas técnicas pedagógicas y didácticas, como los gabinetes, a la incorporación de otros contenidos más cercanos en el tiempo y a la vinculación de la Historia de la Nación con la de las Provincias. Al respecto sostuvo:

además de intento vano, sería lesivo a la vida del federalismo político y social la pretensión de reducir o de uniformar la diversidad o la riqueza del genio nativo provinciano que ha sido en el pasado y continúa siendo en el presente, para bien de la patria, una fuente perenne de las reservas morales de la argentinidad. La “Historia de la Nación Argentina” que edita la Academia Nacional de la Historia (...) propugna la investigación original y la síntesis y en esta sistematización del saber está contenida la indivisibilidad e integridad de la historia de la Nación, las Provincias y Territorios nacionales, dando por concluida aquella etapa de la historiografía polémica en la que se escribía con pasión localista una historia argentina desde Buenos Aires y para Buenos Aires (Levene, 1943, pp. 52-53).<sup>17</sup>

Al instante, la palabra de Raúl Orgaz, Vicepresidente de la Filial Córdoba de la Academia Nacional de la Historia y Presidente de la Mesa Directiva del Congreso, manifestó que los congresos regionales de Historia tenían un sentido *político, pedagógico y científico*. El intelectual se refería al valor político de las propuestas, las ideas y también las resoluciones que el Congreso podía aportar frente a la “necesidad de conservar, clasificar y coordinar el contenido documental de los archivos oficiales”. Así, desde un sentido particularmente pedagógico:

los congresos de Historia estimulan y definen las vocaciones nacientes en los núcleos juveniles, reclutando, en éstos, equipos de estudiosos que mantengan los cuadros de la milicia historiográfica; científicamente, afinan la técnica y la sensibilidad de historiadores y de críticos, desvanecen el prejuicio de que la historia es una ciencia fácil, y alejan paulatinamente la influencia de quienes, al aventurarse en los dominios de Clío, esconden el rostro del militante tras la máscara de la objetividad, y buscan armas, para la lucha cotidiana, en la ceniza que dejaron las luchas extinguidas. Frente a estas tentaciones para comprometer la pureza de la conciencia del investigador levantamos en alto el lema escogido por la Academia Nacional de la Historia: *lucem quaerimus*. Sí: buscamos la luz, y trabajamos por crear los hábitos mentales de la probidad y de la exactitud en los que se consagran a restaurar el pasado de la evolución social argentina (Orgaz, 1943, p. 44).

---

<sup>17</sup> Las cursivas nos pertenecen.

Orgaz reflexionaba en su alocución que había llegado el momento de “aspirar a un equilibrio entre la cantidad y la calidad” en la producción historiográfica argentina y latinoamericana y de conseguir “que sea menos grave de lo que es, la desproporción entre el número de quienes se limitan a (...) la simple faena de esclarecimiento y depuración de los documentos -método inferior-, con el número de los que se entregan al ‘método historiográfico superior’, tarea de enlace y jerarquización de los sucesos”. Posteriormente, meditó muy críticamente sobre el vínculo entre la Historia y la política, seguramente haciendo referencia solapada al Revisionismo histórico argentino:

*Asoma la sospecha de que la extraordinaria propensión de los argentinos por la historia tiene raíz en el suelo de la política, excepcionalmente fértil en nuestra América. El desarrollo de los estudios históricos sería, según esto, efecto del ambiente polémico en que se vive; y conviene entonces recordar que las pasiones del militante se avienen mal con los cánones severos del historiador, cuyo interés por la Verdad no consiente deformaciones deliberadas en la reconstrucción de sucesos y actuaciones. Son estas deformaciones las que engendran la creencia de que la historia es como una química, diabólica, cuyos productos fanatizan, embriagan, o adormecen, según el variable humor de quienes manejan y combinan sus ingredientes. (...) También el tribunal de la historia necesita verificar la identidad de los que comparecen ante él y desbaratar el fraude habilidosamente aderezado; más esto requiere agudeza de visión, cierta pericia crítica, energía para sobreponerse a las insinuaciones del partidismo. La difusión de estas calidades, entre los cultores de la historia, es fruto de paulatina educación por el contacto de las inteligencias y el cotejo de las obras (Orgaz, 1943, p. 45).<sup>18</sup>*

Exhortaba, finalmente Raúl Orgaz a hacer de los Congresos un espacio para “afinar la sensibilidad del historiador”, puesto que, durante las distintas sesiones, “las mentalidades se pulen con el trato amistoso o con la disidencia cortés” y “los dogmatismos son corroídos por el espíritu crítico, cuya penuria priva de significación científica a la labor reconstructora; sin necesidad de caer en el escepticismo irónico de Juan Agustín García, para quien alcanzar la verdad histórica es un feliz accidente”. El notable orador afirmó luego que en las reuniones de historiadores se advierte “que el éxito de quien se aventura en el pasado para revivirlo, depende de un conjunto de cualidades difíciles de reunir” y que, con todo:

la sensibilidad histórica supone que quien la posee pone alma en su tarea, y que no se entrega, por frivolidad deportiva, a la caza de documentos y a la interpretación de los sucesos transcurridos, sino que lo hace con la conciencia de su responsabilidad de estudioso y con la alegría del que se sabe llamado a colaborar en la conquista de la verdad. Cuando falta sensibilidad para captar los mensajes misteriosos del pasado; cuando se reduce este arte complejo a técnica formal y vacía; cuando la pericia para la crítica de los documentos y para la rectificación y restauración de las fuentes colma el anhelo del estudioso —como

---

<sup>18</sup> Las cursivas nos pertenecen.

si la historia se acercase más a la albañilería que a la arquitectura — hace falta un intenso esfuerzo de educación, que suscite en el historiador el amor de comprensión y la simpatía, capaces de operar, en los procesos fenecidos, el milagro de la resurrección (Orgaz, 1943, p. 46).

Confiaba, asimismo, Orgaz, que el evento que se celebraba en Córdoba posibilitaría “ensanchar e integrar, sin violencia, el cuadro general de la historia argentina”. Para ello, precisaba que no era indispensable “oponer a las viejas ‘tesis’ porteñistas las novísimas ‘antítesis’ provincianas, ni sustituir la ‘leyenda negra’ del caudillismo ignaro y cerril, que antes prevaleció, con la nueva ‘leyenda negra’ de la tiranía de los hombres de Buenos Aires”, polemizando que: “no siempre será fácil pasar de la excelencia del principio que los caudillos defendieron a la excelencia de los caudillos mismos, y en muchos casos habrá que limitarse a reconocer que los caudillos fueron abanderados inferiores de una causa superior”. Cerraba, inmediatamente, con una asignación metodológica: “*la integración de la historia de la República vendrá del trabajo serio y honesto de ampliación y depuración de las fuentes, del ahondamiento de la crítica y de las conquistas paulatinas de la ecuanimidad*” (Orgaz, 1943, p. 47) y juzgaba que, frente a esas horas sombrías del mundo, los argentinos no debían jamás renunciar “a los modelos de inmarcesible dignidad moral que descubrimos en el pasado de cada una de las grandes regiones del país, ni renegar de los principios constitutivos de nuestra nacionalidad”:

*cuya defensa está señalada por algún gesto rebelde de trascendencia: ora por la insubordinación del Cabildo porteño de 1810, con la que irrumpe la incontenible corriente de la Independencia; ora por la insubordinación —dolorosa pero inevitable— de Arequito, con la que se anuncia el fragor tempestuoso del federalismo instintivo y turbulento; ora por la insubordinación de San Martín, con la que se proclama el sentido continental de la Revolución; ora —en fin— por la insubordinación de Urquiza en Entre Ríos, con la que amanece el día del retorno a la libertad. Estos son episodios que corresponden a momentos dramáticos en la vida del pueblo argentino y que fueron precedidos y seguidos por alardes de heroísmo y sacrificios ante los cuales nos sentimos penetrados por una emoción sagrada. Bajo la sugestión de estos altos y puros recuerdos de la antigua patria comencemos, señores congresistas, las tareas para que hemos sido convocados* (Orgaz, 1943, p. 47).<sup>19</sup>

En esa ronda de mediaciones discursivas a cargo de voces autorizadas, el Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, Dr. Guillermo Rothe, docente y político conservador, expuso sobre la necesidad de una evolución de la historiografía superando viejas antinomias de otrora, de algún modo vetustas: “Las luchas civiles que ensangrentaron por más de medio siglo nuestro suelo dejaron la lógica secuela de pasiones, cuya escondida supervivencia se revela a veces en estallidos anacrónicos”. Seguidamente celebró el fraternal contacto de los investigadores regionales, quienes ahora sujetos a la severa disciplina de la técnica contemporánea, hallan “*colaboración*

<sup>19</sup> Las cursivas nos pertenecen.

*recíproca para acumular materiales destinados a obtener la integración de la historia patria con espíritu de unidad científica y de armonía social y política, cerrará el camino a las polémicas disolventes”* (Rothe, 1943, p. 34). La autoridad nacional bogaba por un nacionalismo monolítico, constituido a partir de una historia sin fisuras, sin dejos de matizadas versiones en pugna, una verdadera “ciencia de correlación y armonía”:

Si la historia es una vasta ciencia de correlación y armonía de todas las conquistas intelectuales del hombre, el inmenso caudal literario acumulado en la producción escrita de una joven nación se convierte en el testimonio más fehaciente de su poderío. *Tal el signo de la cultura histórica en la República Argentina, que ha logrado dotar de espíritu creador a su vigoroso nacionalismo. Nuestra conciencia histórica, fuente de la unidad indestructible de los argentinos, toma hoy por escenario a Córdoba que agrega al conjunto de sus nobles tradiciones un presente de progreso de su orden social, fundado en la dignificación del hombre. Su extenso territorio, enriquecido por las labores industriales de sus habitantes, es también residencia de un espíritu creador, que podemos tomar como fisonomía de su personalidad federal* (Del Castillo, 1943, pp. 39-40).<sup>20</sup>

Como cierre, el Dr. Guillermo Rothe indicó que era necesario para la salud moral de un pueblo no considerar su vida como casual y caprichosa, sino, por el contrario “saberla nacida de un pasado de luchas aciagas o victoriosas, para comprender cómo puede él mismo construir su futuro”. Seguidamente entendió que la historia finalmente debía ser un marco ideal capaz de enaltecer los días presentes de la Nación. Por ello, confirió al Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro celebrado en Córdoba la función de “alcanzar a través de sus deliberaciones, *un pensamiento nacional profundizado culturalmente*”, cuando la “revelación de las investigaciones regionales, antes corrige que afianza el hermetismo independiente de toda labor apasionada y, al expresar en ellas la necesaria corrección del agudo centralismo de su cultura, se advierte en diversas latitudes de su suelo el perfil histórico de la Nación” (Rothe, 1943, pp. 37-38).

Consecutivamente, la alocución del gobernador de Córdoba, el radical Santiago H. del Castillo, se hizo eco del señalamiento de una nueva historia superadora de la vieja erudición, un “concepto moderno de la historia” del que, a su parecer, sobrevendrían consecuencias muy fecundas:

Una, que todos nos curaríamos de la superstición, del *fetichismo* de los documentos. Pues hay en el país muchos investigadores, filólogos más que historiadores, que creen que los documentos son el todo en historia, y con haberíos parafraseado o glosado, o con haber hilvanado mecánicamente sus noticias, piensan o se imaginan que ya han hecho historia. *Ese moderno concepto de historia explicará también por qué es frecuente que encontremos más historia, o sea más hondos juicios y mejores interpretaciones sobre hechos del pasado en filósofos, so-*

---

<sup>20</sup> Las cursivas nos pertenecen.

*ciólogos, críticos y en otros escritores, que no en muchos titulados historiadores muy documentados* (Del Castillo, 1943, p. 41).<sup>21</sup>

Señalaba del Castillo otra consecuencia, a su cavilar significativa y positiva, en el sentido de superadora, del concepto de la Historia arriba enunciado:

es que siendo ésta un *juzgar*, un *pensar*, esto es un acto *teórico* del espíritu, independiente en sí de nuestra voluntad (que es acto *práctico*), no puede ser nunca *tendenciosa* en ningún sentido, ni siquiera en llamado 'buen sentido'. Porque cuando a nuestro juicio histórico pretendemos dirigirlo con nuestro querer, muere el juicio como tal, desaparece la legítima historia y lo que resulta es una falsificación. Que no se olviden de esto nuestros jóvenes estudiosos de historia (Del Castillo, 1943, p. 57).<sup>22</sup>

Esta afirmación contiene un diagnóstico de la historiografía deseada por del Castillo, aquella que se aproximaba a la reflexión filosófica, acentuando el carácter espiritualista de toda reconstrucción del pasado, acto de pensamiento y enjuiciamiento que, curiosamente, el orador pretendía "objetivo". Continuaba, inmediatamente, una regia advertencia orientada a los noveles historiadores, un señalamiento que idealmente incluía la negación de la "tendenciosidad", es decir, de la política de la falsificación historiográfica.

En uso de la palabra, ya cuando se hacía efectivo el acto de clausura del Congreso de Historia Argentina de Norte y Centro, el Ing. Rodolfo Martínez, Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, se mostró correspondido ante el honor de intervenir en ese escenario especialmente dedicado al "esclarecimiento o mejor conocimiento de la verdad", una verdad histórica ineludible "para volver la mirada hacia atrás para aprender y corregir en *estos tiempos de amargo desconsuelo en que la historia, convertida en drama, es el tortuoso sendero por el que los hombres parecen marchar hacia un destino incomprensible de misterio y de tragedia*" (Martínez, 1943, p. 77).<sup>23</sup> Como se nota, el Rector Martínez abría en su discurso un lugar para hablar del presente y problematizar la tensión de las distintas dimensiones de la temporalidad historiográfica. Así, consideró que el presente tiene remoto origen y que los dolores ajenos, del presente, sirven para alumbrar la senda y la conciencia propia. En ese sentido, Martínez se explayó:

Si es verdad que una preocupación excesiva del momento en que se vive puede deformar en algo la apreciación de los hechos históricos, (...); *en cambio no puede negarse que el sufrimiento propio o ajeno que nos hiere en nuestros ideales, crea una máxima sensibilidad en las conciencias, porque el ánimo así fortalecido y así agudizado el ingenio por el estímulo del instante crítico, adquiere esa posible seguridad de juicio en que piensa Berdiaeff*,<sup>24</sup> quien al decir:

<sup>21</sup> Las cursivas nos pertenecen.

<sup>22</sup> Las cursivas corresponden al original.

<sup>23</sup> Las cursivas nos pertenecen.

<sup>24</sup> Filósofo existencialista ruso (Kiev, 1874–París, 1948).



*“que los momentos catastróficos de la historia son especialmente favorables para la formación de una filosofía de la historia, entiende que esos momentos llegan para el espíritu del hombre cuando éste, luego de haber sobrevivido un régimen histórico determinado y habiendo atravesado el momento de desdoblamiento y desintegración, puede por fin oponer y comparar estos dos momentos, para llegar a un tercer estado espiritual que agudiza particularmente su conciencia comunicándole su capacidad reflexiva extraordinaria y orientando al mismo tiempo su espíritu hacia los enigmas de lo histórico (Martínez, 1943, pp. 77-78).<sup>25</sup>*

El mensaje portado por el Rector de la Universidad de Córdoba claramente habilitaba una oportuna consideración de la crisis política y cultural abierta por la entreguerras e inscribía un pasaje destinado a valorar y, en tal caso, capitalizar, la tragedia de Occidente. Rescataba, el orador, el gran valor que tenía esa “disposición de ánimo creada por el sufrimiento”, puesto que fundamentalmente conllevaba un principio de sinceridad que “germinaba en el interior del hombre sin venirle de fuera y que florece en la pureza viril de la intención cuando el dolor abate la sombría hojarasca de las pasiones”. Arremetía, seguidamente, afirmando que la Historia era una profunda realidad espiritual y no empirismo, es decir, “un saco material de hechos”. En todo caso, el conocimiento del pasado debía significar una influyente y “nueva conquista para el espíritu”, una creación destinada a permanecer en generaciones sucesivas “toman un carácter de continuidad, como si tuvieran un secreto para perdurar, algo así como si llevaran en ellos mismos la fuerza misteriosa que impulsa en los seres la perpetuación de la vida” (Martínez, 1943, p. 78).

Expresivos de un ambiente de época, los pasajes filosóficos sobre la Historia que ocuparon varios de los párrafos del discurso de clausura del Congreso de Historia Argentina de Norte y Centro, a cargo del Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, proponían, a su vez, un cariz indudablemente nacionalista:

no puede negarse que circunstancias de métodos de vida, de raza, de religión, de facilidades, dan a las naciones características propias que no permiten generalizar los fenómenos con la excesiva extensión que lo hiciera Buckle, sino que circunscriben el estudio de los sucesos y sus causas remotas o próximas dando a la historia de cada país un carácter autóctono, sin substraerse por ello a la influencia de las corrientes espirituales o de los hechos trascendentales que jalonan la historia integral del mundo. En todo proceso histórico hay un sentido profundo que señala las modalidades y fija los caracteres de los pueblos; por él, se justifican sus actitudes y se explican decadencias, o van señalándose en sus mutaciones sucesivas, la razón de las variantes que se marcan luego en la vida de aquellos (Martínez, 1943, p. 78).

Por ello, el trabajo del historiador, para descubrir la “honda raigambre que determinan los hechos, que hablan en los documentos o surgen de los archivos” precisaría

---

<sup>25</sup> Las cursivas nos pertenecen.

invariablemente de “esa necesaria inocencia que procede de desear la verdad y el bien como término supremo de toda sabiduría y el patriotismo”, punto nodal por el cual se haría factible llegar a la Historia, que Martínez consideró “tradición y vida, pretérito, actualidad y relato” y que determinaba el porvenir: “pues el sentido de las grandes cosas pasadas pesa en el sentido de las futuras y la exaltación de los sucesos con que aquélla enseña y orienta, *crea un sistema de valores en la conciencia colectiva que puede definir con relativa permanencia los destinos de una nación*” (Martínez, 1943, p. 79).<sup>26</sup> Las Historia cumplía, entonces y de acuerdo a la concepción del disertante, el deber de exaltar las virtudes que benefician la vida espiritual de las naciones, lo que también involucraría:

amar la verdad por espíritu de justicia y por aspiración superior de la inteligencia, marcar en la ruta los beneficios que aportan los sanos principios que señalan al hombre como forjador de su destino por la libre determinación de su conciencia y el austero cumplimiento de sus deberes, es no sólo hacer la historia de la patria, es seguir haciendo la patria que es obra de todas las generaciones argentinas en la sucesión continuada de los tiempos (Martínez, 1943, p. 80).

En último lugar, la alocución concluía aseverando que la historia argentina era única e indivisible, y que comprendía un proceso en marcha de formación integral de la nacionalidad, razones por la que no cabía lugar para un análisis ni estudios basados en criterios de preferencias locales. El Rector de la Universidad Nacional de Córdoba sostuvo que: “La exteriorización de la parte que cada provincia ha tenido en las glorias comunes y en la organización de la República no puede exhibirse con aquel sentido, ni destacarse en un campo polémico infecundo” (Martínez, 1943, p. 80). Por tanto, congratuló a aquellos espacios institucionales que, en tal sentido, estaban para la época perfeccionando los enfoques y trabajos de la historia argentina. Particularmente, se refirió al pensamiento y acción del Instituto de Estudios Americanistas de su Universidad, a su presidente, Enrique Martínez Paz.<sup>27</sup>

### **Consideraciones finales**

En el examen del Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro desarrollado en Córdoba en 1941, se identificaron los actores y las instituciones articuladas para la concreción de un espacio acorde a los objetivos propuestos por la Academia Nacional de la Historia desde su filial mediterránea. De esta manera, se situó la mirada en el valor memorial del evento al documentar la construcción de linajes y discursos de identidad apostando al valor de determinadas figuras del panteón histórico e histo-

<sup>26</sup> Las cursivas nos pertenecen

<sup>27</sup> A propósito de esta institución, véanse los aportes de Requena (2009, Octubre). Sobre la trayectoria e ideas de Martínez Paz: Grisendi (2010) y Escudero (2013).

riográfico de la provincia: el Deán Funes y Mons. Pablo Cabrera. Igualmente, se ofreció un recorrido por distintas mediaciones discursivas, las de las principales alocuciones oficiales del Congreso, con el propósito de entrever los puntos centrales que evidencian los dilemas y concepciones propios de la construcción de un espacio en el que conviven varias distinciones y muy disímiles modos de habitar el espacio emergente de la historiografía argentina, poblado, fundamentalmente aún, por muchos diletantes y otros pocos actores en curso de profesionalización.

El Congreso realizado en 1941 parece ser uno de los eventos historiográficos más significativos de los celebrados en Córdoba en el siglo XX. Como tal, permite entrever qué historiadores y otros actores intelectuales, culturales y políticos de la provincia y el país se congregaron alrededor de la historia y sus instituciones. Al considerarlo como unidad de observación, a través de sus huellas documentales, se ha accedido a una descripción del escenario abierto para luego, sí, leer algunos de los tópicos, dilemas y certezas que componían una temperatura de época en la historiografía argentina.

Dicho esto, es posible aseverar que al iniciar la década del cuarenta primaba en el país la autoimagen de una disciplina de algún modo satisfecha de sí misma aunque reclamaba un determinado *aggiornamiento* buscado, preferencialmente, en las filosofías de la historia afines al historicismo de entreguerras. En ese contexto, la fe en el estatuto científico de la Historia metódica se renovaba, aunque abundaban referencias acerca de la necesidad de incorporar un “sentido filosófico”, comprensivo, que sustentara el trabajo del historiador, superando el fetiche del documento. En semejante dirección, el ya señalado optimismo acerca del panorama de la historiografía argentina se reforzaba actualizando las claves postuladas por la Nueva Escuela Histórica desde principios del siglo, ideas directrices presentes en los fundamentos del plan de la Historia de la Nación Argentina dirigida por Ricardo Levene, que básicamente seguían remarcando el lugar ocupado por las historias provinciales en el marco de la de la Nación: el de las partes del todo en la síntesis. Se sostenía, a su vez y en efecto, una ilusión teórica y política, un “noble sueño”<sup>28</sup> acerca de la factibilidad de alcanzar un equilibrio epistémico, una objetividad en un relato matizado y ordenado de modo tal que, al incorporar las historias provinciales, fuera factible una suma superadora de viejas antinomias. En general, esa convicción y ese programa historiográfico pueden interpretarse en vistas a la función asignada a la Historia, que estuvo, preponderantemente, relacionada a la formación de la nacionalidad.

En la coyuntura historiográfica considerada, entonces, el ejercicio de autorrepresentación formalizado por las voces autorizadas del Congreso de 1941 resultó en una valoración ideal y lineal del programa de profesionalización de la Academia Nacional de la Historia y de la Nueva Escuela Histórica, renombrando a Mitre y ratificando la

---

<sup>28</sup> Tomando la imagen resuelta en Novick (1988).

matriz liberal. El Revisionismo histórico, por su parte, era arteramente considerado como contraejemplo respecto de una tradición normativa del ejercicio historiográfico. En efecto, en el Congreso celebrado en Córdoba los oradores se preguntaban acerca de los vínculos entre la Historia y la política y, en general, convocaban a no confundirlas y opinaban factible que el historiador pudiera no afectar su labor con algún tipo de militancia. Sin embargo, también en el Congreso se hizo presente la pregunta por la crisis de la cultura occidental y el lugar de la historia como saber valioso en ese pasaje tan arduo del siglo.

De acuerdo a lo antedicho, hubo un llamado a recobrar, a refundar y actualizar un historicismo capaz de funcionar como antídoto frente al cientificismo, el materialismo y la estéril erudición. Consecuentemente, en esa hora de la historia mundial, la disciplina historiográfica aparecía también asociada a una experiencia moral que invitaría a repensar el curso del progreso y a asumir, sin más, una tarea de reconstrucción cultural y política tan democrática como muy evidentemente conservadora. Se explicitaba, además, una preocupación por la formación ciudadana a partir de la renovación e intensificación de la enseñanza de la Historia, práctica asociada a la manifiesta intencionalidad de alcanzar un marco de conciliación y armonía social mediante la educación nacionalista. Este punto también se liga con la inquietud presente acerca de la historiografía por venir, puntualmente encargada a nuevas cohortes de historiadores, jóvenes que, además de practicar con pericia la preceptiva historiográfica, debían poseer una afinada sensibilidad vital sin caer, por supuesto, en la política. Con todo, este evento resuelto en Córdoba en 1941 no pretendió en modo alguno hacerse cargo de una “comunidad” de historiadores con muy poco en común, con diferencias regionales y con evidentes contrastes entre amateurs y académicos. Sin embargo, al mismo tiempo, se presentaba oportuno crear las condiciones efectivas para contener a los practicantes de la Historia en medio del inicio de la oleada revisionista, brindándoles referencias y hábitos presumiblemente renovados, también tendiendo puentes para tal vez afianzar el oficio en medio de las variadas tensiones propias de la coyuntura historiográfica.

### Referencias bibliográficas:

- Bourdieu, P. (2014). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Buenos Aires: Akal.
- Cattaruzza, A. (2003). La historia y la ambigua profesión del historiador en la Argentina de entreguerras. En A. Cattaruzza y A. Eujanian (Eds.), *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960* (pp. 103-142). Buenos Aires: Alianza.
- Coser, L. A. (1968). *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Del Castillo, S. H. (1943). Discurso del Exmo. Sr. Gobernador de la Provincia de Córdoba, Dr. Santiago H. Del Castillo. En Academia Nacional de la Historia, filial Córdoba, *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro. 12-16 de octubre de 1941*. Córdoba: Litvack.
- Escudero, E. (2010). *Ricardo Levene: políticas de la historia y de la cultura, 1930-1945*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Escudero, E. (2010, Agosto). *Dar a Sobremonje lo que es de Sobremonje. El historiador Alfredo C. Vitulo, la memoria y la identidad histórica riocuartense*. Ponencia presentada en el XXX° Encuentro de Geohistoria Regional. Resistencia.
- Escudero, E. (2013). Democracia y federalismo: el lugar de Córdoba en la magna Historia de la Nación Argentina. En L. Brezzo, M. G. Micheletti y E. Molina (Eds.), *Escribir la nación en las provincias* (pp. 25-52). Buenos Aires: IDEHESI.
- Escudero, E. (2015). Historiografía y cruzada católica: el caso de Mons. Juan B. Fassi en la región del río Cuarto (1920-1950). *Cronía. Revista de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas*, 11 (19), 129-155.
- Grisendi, E. (2010). Enrique Martínez Paz. La sociología entre la institución universitaria y las tradiciones intelectuales. En A. C. Agüero y D. García (Eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (pp. 75-93). La Plata: Ediciones al Margen.
- Grisendi, E. (2011). Entre la formación académica y la proyección nacional: Raúl Orgaz y los avatares de la sociología en Córdoba (1910-1930). *Modernidades. La Historia en diálogo con otras disciplinas*, 11. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/modernidades/article/view/8302/9179>
- Grisendi, E., y Requena, P. (2013). Modelos lejanos: Raúl A. Orgaz, la sociología y la historia de las ideas sociales argentinas. En R. ORGAZ, *Las ideas sociales argentinas y otros ensayos* (pp. 9-27). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Levene, R. (1943). Discurso del Presidente de la Academia Nacional de la Historia, Dr. Ricardo Levene. En Academia Nacional de la Historia, filial Córdoba, *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro. 12-16 de octubre de 1941*. Córdoba: Litvack.
- Martínez, R. (1943). Discurso del Señor Rector de la Universidad Nacional de Córdoba, Ing. Rodolfo Martínez. En Academia Nacional de la Historia, filial Córdoba, *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro. 12-16 de octubre de 1941*. Córdoba: Litvack.
- Myers, J. (2004). Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. En F. Neiburg y M. Plotkin (Eds.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (pp. 67-106). Buenos Aires: Paidós.
- Novick, P. (1988). *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Orgaz, R. (1943). Discurso del Señor Presidente del Congreso, Dr. Raúl Orgaz. En Academia Nacional de la Historia, filial Córdoba, *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro. 12-16 de octubre de 1941*. Córdoba: Litvack.
- Requena, P. (2009, Mayo). *Un capítulo de la historia de la historiografía cordobesa: la Junta de Historia y Numismática Americana – Filial Córdoba, 1926-1941*. Ponencia presentada en I Jornadas Nacionales de Historia de Córdoba. Córdoba.
- Requena, P. (2009, Octubre). *Para una historia de la historiografía cordobesa. El caso del Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba, 1936-1947*. Ponencia presentada en XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Bariloche.
- Requena, P. (2010). Entre el derecho, la sociología y la literatura. Arturo Capdevila y Raúl Orgaz. En A. C. Agüero y D. García (Eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (pp. 117-34). La Plata: Ediciones al Margen.
- Reyna Berrotarán, D. (2011). La Historia como herramienta de legitimación de la Iglesia a principios del siglo XX. El caso de Mons. Pablo Cabrera. En M. Philp (Comp.), *Intervenciones sobre el pasado* (pp. 19-41). Córdoba: Alción Editora.
- Reyna Berrotarán, D. (2015). Doctor Honoris Causa a Monseñor Pablo Cabrera: las líneas historiográficas de un homenaje. *Coordenadas. Revista de Historia local y regional*, 2 (2), 81-100.
- Rothe, G. (1943). Discurso del Exmo. Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Guillermo Rothe. En Academia Nacional de la Historia, filial Córdoba, *Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro. 12-16 de octubre de 1941*. Córdoba: Litvack.
- Zorraquín Becú, R. (1987). Ricardo Levene (1885-1959). *Revista de Historia del Derecho*, 13, 167-81.

Para citar este artículo:

Escudero, E. (2017). Escenario y temperatura historiográfica: el *Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro* en Córdoba (1941). *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 11, 47-68.